

Prólogo

«Quien ha estado en Italia puede olvidarse de todos los demás países. Quien ha estado en el cielo no desea la Tierra.»

GOGOL

Los italianos consideran a Dios un compatriota, y mientras camino por una pendiente de gravilla junto a un viñedo de Chianti, me pregunto si quizá no tendrán razón. El sol matutino de la Toscana pinta el paisaje con una paleta distinta al resto del mundo, tiñendo las colinas y los emparrados de los viñedos de un tono dorado rosáceo y plateando los olivos en caso contrario parduscos y de hojas lanceoladas, de tal modo que destellan con la brisa del amanecer como un banco de arenques.

Es temprano por la mañana, antes de las primeras campanadas de la torre de la catedral de San Donato, hay silencio, a excepción del ocasional y lejano disparo de rifles que reverbera por todo el valle del Valdarno. Los hombres han salido a cazar *cinghiale* (el jabalí salvaje). En mis paseos por la campiña no me he topado con ninguno de ellos, ni cazadores ni animales. Pero oigo los disparos cada mañana, detonando como las botellas de vino al ser descorchadas, a veces en mis sueños.

Me he levantado a las cuatro de la madrugada, antes incluso que los cazadores, y me he quedado tumbado en la cama durante casi una

hora. Luego me he vestido y he salido a andar. Mi mujer está acostumbrada a que me levante sigilosamente de la cama a cualquier hora de la noche como un obstetra. Creo que la metáfora es acertada. Las historias, como los bebés, a menudo no esperan a una hora decente para nacer. Llevo toda la noche pensando en una historia que se me ha ocurrido.

Algunas historias se crean como si siguieran un programa, construidas renglón tras renglón y ladrillo a ladrillo. Hay historias que nacen de la angustia, arrancadas dolorosamente de la mente de un autor y volcadas en páginas que, a la larga, son más un vendaje que papel. Luego están aquellas historias que buscan al escritor, yendo a la deriva a través del tiempo y el espacio como las semillas de cardo, hasta que encuentran un suelo fértil en el que aterrizar y echar raíces. Ésta es una de esas historias. Me encontró durante mi segunda semana en Italia.

La conocí junto a la piscina de un club italiano llamado Ugolino, aproximadamente a nueve kilómetros al suroeste de Florencia. Por su aspecto debía de andar por los treinta, era esbelta, atractiva. Llevaba puesto un bikini de color melocotón, que resaltaba sobre su piel bronceada, con un fino pareo cruzado de tonos pastel. Su pelo era prácticamente moreno con unos cuantos mechones más claros de color miel, aunque en los cabellos que caían sobre sus hombros el sol dejaba ver un tono natural de color castaño dorado. En lo primero que me fijé fue en sus ojos. Eran exóticos y tenían forma de lágrima.

Estaba recostada en una tumbona leyendo un *romanzo* en rústica y haciendo lo posible por ignorar el desfile de italianos que pasaban frente a ella comiéndosela con los ojos y soltando comentarios que podían entenderse incluso sin conocer el idioma.

Era un día de un calor sofocante. *Solleone*, lo llamaban los florentinos; «sol león». La zona de la piscina estaba atestada de niños que jugaban con gran alboroto en el agua mientras los adultos estaban echados en las tumbonas de plástico blancas que rodeaban el perímetro embaldosado de la misma.

Me han contado que son necesarios tres milagros confirmados para que la Iglesia Católica y Romana lo beatifique a uno. Creo que encontrar tanto una plaza de aparcamiento en el centro de Florencia como una tumbona junto a una piscina en verano deberían contarse entre ellos. Aquel día me sonrió la fortuna. Cuando entré en el recinto de la piscina, un hombre estaba recogiendo sus cosas, dejando el único sitio libre. Casualmente, la tumbona estaba al lado de ella.

Después de extender mi toalla a lo largo de la tumbona y de cubrir mi cuerpo con un protector solar de factor treinta, extraje de mi bolsa el ordenador portátil y lo encendí. Como la imagen de la pantalla era demasiado borrosa debido al resplandor del sol, volví a cerrarlo y recurrí a mi otro recurso: un lápiz mecánico y un bloc de notas con espiral que había comprado el día antes en un supermercado de Florencia. En la tapa del bloc había una fotografía de un limón con unas gafas metálicas ovaladas. La imagen se titulaba *John Lemon*. Me pregunté si los italianos entendían el juego de palabras.

Acerqué mi lápiz a la hoja, no porque tuviese palabras que apuntar, sino porque la página en blanco me atraía. Tal vez había heredado este rasgo de mi padre. «Un nuevo tablero pide a gritos un clavo», me dijo en cierta ocasión. Mi padre es carpintero.

Pero había demasiado ruido y movimiento a mi alrededor para escribir. Pasados diez minutos guardé el cuaderno, saqué un libro y empecé a leer. De repente un italiano delgado y calvo se detuvo frente a mí. Tenía la piel tan curtida como el cuero y llevaba puesto algo parecido a la parte inferior de un bikini de mujer.

—*Non si possono portare le scarpe sul bordo della piscina.*

Levanté la vista hacia él.

—*Scusa* —dije en mi italiano de quince días—. *No capito.*

Él señaló mis pies. Lo cierto es que yo no tenía ni idea de lo que me decía. Únicamente llevaba unas zapatillas de deporte de suela blanca. La peor infracción de la que podía imaginarme siendo culpable era un error de indumentaria. Lo miré desconcertado.

De pronto la mujer que estaba a mi lado dijo en un inglés perfecto:

—Le está diciendo que no está permitido ir calzado en el recinto de la piscina.

Yo le lancé una mirada a la mujer, que había dado por sentado que era italiana, luego miré de nuevo al hombre.

—*Mi dispiace* —dije mientras me quitaba los zapatos.

—*Grazie, signorina* —le dijo él a la mujer, y se fue.

Me recliné en mi tumbona.

—Gracias.

—De nada. —Al cabo de un instante la mujer me preguntó—: ¿De qué parte de Estados Unidos es?

Me asombró que fuera tan evidente que yo era norteamericano.

—Salt Lake City.

Una sonrisa ocupó su rostro.

—¿De veras? Yo soy de Vernal.

—¿Vernal, en Utah?

—*Sì. Il mondo e piccolo.* —«El mundo es un pañuelo.»

Vernal es una ciudad pequeña de la parte oriental del desierto de Utah: un alto en el camino hacia algún otro lugar. Ni siquiera en Utah he encontrado nunca a alguien de Vernal.

—Pensaba que era usted italiana.

—Eso mismo creen los italianos. Llevo seis años viviendo aquí. Después de tanto tiempo empieza uno a parecer de aquí. —Dejó el libro sobre su regazo y se inclinó hacia delante, ofreciendo su mano—: Me llamo Eliana.

De igual modo, yo me presenté. Justo entonces un hombre descamisado, que quizá rondaba los sesenta, con una barriga que sobresalía por encima de su traje de baño y un puro sujeto entre sus dientes delanteros, se detuvo frente a la tumbona de Eliana:

—*Buon giorno, zuccherino.*

Ella agitó la mano como para sacárselo de encima.

—*Vai, vai, vai.*

Él se alejó sonriendo. Eliana se giró, sacudiendo la cabeza, si bien más divertida que molesta.

—Me ha llamado «bomboncito». Espero que mi marido llegue pronto. Los italianos miran a una mujer sola como si vieran un billetero en la acera.

Sonreí ante su metáfora. Era verdad.

Tomó un sorbo de agua embotellada y luego se acomodó en su tumbona. Me preguntó:

—¿Cómo ha encontrado este sitio? Esto está muy alejado de los lugares a los que suelen ir los turistas.

—Mi agente inmobiliario me habló de él. En realidad, no soy un turista. Hace dos semanas que me trasladé a vivir aquí con mi familia. Tenemos una casita a unos ocho kilómetros, en San Donato in Collina.

—San Donato es precioso. ¿Tiene usted hijos?

—Cinco.

—Cinco. Eso son muchos hijos. Especialmente en Italia.

—Las mujeres siempre nos felicitan. Dicen «*complimenti*». Los hombres simplemente preguntan «*perché?*».

Su boca se torció en una sonrisa comprensiva.

—Sí, me lo imagino. ¿Qué tal se están adaptando todos a su nueva vida?

—En general, bien. No todo son gardenias y belleza en la Toscana.

—No hay rosa sin espinas. A los norteamericanos normalmente se les acaba el idilio cuando les roban la cartera o los atropella una motocicleta.

—Hemos tenido nuestras aventuras. Al aterrizar en Venecia nuestro guía italiano no se presentó. Cogimos uno de esos taxis sin placas y acabamos pagando setenta dólares por lo que debería haber sido un trayecto de tres minutos de taxi. Luego, después de llegar a Florencia, en el concesionario de coches no quisieron darnos el vehículo por el que habíamos pagado. Nos dijeron que necesitábamos no sé qué número de un *permesso di algo*. Me dieron una dirección del centro de Florencia donde podía obtenerlo.

Ella asintió.

—Es la dirección de la *questura*, la jefatura de policía. Necesita un *permesso di soggiorno*. Pero no es tan fácil conseguirlo.

—¿Qué es?

—Es básicamente un permiso para vivir en Florencia.

—Creía que nuestro visado era para eso.

—No, es otra cosa. En la burocracia italiana siempre hay un «pero».

—¿Cuánto se tarda en obtener un *permesso di...*?

—*Sog-gior-no* —dijo ella lentamente, partiendo la palabra en sílabas para ayudarme—. Se tarda un poco. A menos que uno conozca a algún cargo alto del gobierno o al cura de uno de los burócratas, podría tardar hasta un año. ¿Cuánto tiempo pretenden quedarse en Italia?

Yo gruñí.

—Aproximadamente un año. El concesionario no nos entregará el coche hasta que tengamos un permiso. Aún estamos con uno de alquiler.

—No se preocupe. Siempre hay un atajo. Vaya a la *questura* y solicítelo, luego lleve el justificante de su solicitud al concesionario. Si lo pide amablemente, lo más probable es que le den el coche de todas formas.

—¿Cree que eso funcionará?

Ella ladeó la cabeza.

—Probablemente. Italia está demasiado burocratizada y los italianos lo saben, así que encuentran modos de sortear las cosas. Si no, jamás harían nada.

—Gracias.

—Pero debo advertirle que no insista en que se lo hagan. La exigencia de derechos es una actitud norteamericana. Aquí es un pecado capital. Se opondrán simplemente por una cuestión de principios, y perderá. Pero si lo pide con amabilidad, como un favor, la mayoría de los italianos caminará sobre cristales rotos por usted.

—Gracias otra vez.

—¿Ha venido aquí por trabajo?

—Indirectamente. Soy escritor, así que puedo trabajar en cualquier parte. Pero tenía la esperanza de encontrar inspiración.

El rostro de Eliana se iluminó.

—¿De veras? Yo soy una lectora voraz. ¿Qué clase de libros escribe?

Eché un vistazo a la cubierta del libro abierto sobre su regazo.

—Probablemente lo que está usted leyendo.

—*Romanzi rosa*? ¿Historias de amor?

Asentí.

—¿Es usted famoso?

—¿Ha oído hablar de mí?

Ella pensó unos instantes.

—No.

—Si le tienes que decir a alguien que eres famoso, es que no lo eres.

Ella se rió al oír esto.

—Pero ¿le publican? ¿No es usted simplemente uno de esos tipos que se hace pasar por escritor para conocer mujeres?

Ante esto me eché a reír. Yo también había conocido a hombres así.

—No, me publican. Y estoy felizmente casado.

—¿Qué tal se venden sus libros?

—Bastante bien.

—¿Ha escrito algún *best seller*?

—Unos cuantos.

—Lo siento, debería conocerlo. Es que me he pasado la última década leyendo a autores italianos. —Ella se inclinó hacia delante para coger su bolso—. ¿Le importa firmarme un autógrafo?

—¿Por qué iba a querer un autógrafo de alguien de quien nunca ha oído hablar?

—Porque luego me lamentaré si no lo hago. Y quiero decirles a mis amigos que he conocido a un autor de *best sellers*. —Sacó un bolígrafo de su bolso y me lo dio con el libro en rústica que había estado leyendo—. Sólo firme en el libro, si le parece bien.

—*Certo*. —Abrí la novela y garabateé mi nombre en su primera página, luego se la devolví—. ¿Y qué tal es este libro?

—He leído algunos mejores. Pero cuando empiezo un libro no puedo parar hasta que lo acabo. Es compulsivo.

—¿Cuál es su historia de amor favorita?

Ella pensó unos instantes; entonces poco a poco una sonrisa fue ocupando su rostro.

—La mía.

—¿La suya?

—Aún no he leído una historia de amor que pueda compararse con la mía.

—¡Vaya! Hábleme de ella.

Lo hizo. Ésta es la historia de Eliana.

Capítulo 1

«*Ogni cuore ha il suo segreto.*»
«Cada corazón tiene su secreto.»
Proverbio italiano

Dos años antes. Julio de 1999
La Toscana, Italia

Eliana soltó el cierre de los postigos de cedro, luego giró la manivela de la ventana enmarcada en madera y empujó para abrirla, recibiendo con gusto la ráfaga de aire fresco que entró en su estudio de pintura de la segunda planta. En el grueso cristal de la ventana vio su propio y pálido reflejo. Sus cabellos de color castaño oscuro, aún sin lavar, estaban recogidos hacia atrás con una goma de pelo. Sus habitualmente bonitos ojos estaban hinchados después de otra dura noche. «Se pueden ver cosas más bonitas en la Toscana a las seis de la mañana», pensó.

Entre los dos enormes cipreses que flanqueaban la ventana, pudo ver los viñedos de Chianti emparrados en una línea perfecta, desdibujados a lo lejos por la niebla matutina. «*Sembra una cartolina*», dijo para sí. Igual que una postal. Lo mismo había pensado cuando llegó a la Toscana casi seis años antes, sólo que entonces pensaba en inglés. A pesar de sus problemas, para ella el país no había perdido su belleza; lo cual agradecía. Era uno de los placeres que la vida no le había arrebatado.

Por muy difícil que hubiera sido la noche anterior, estaba lista para volver a empezar. Había aprendido a vivir así, desechando cada noche el pasado y empezando de nuevo cada día; buscando la alegría donde podía encontrarla, como al recoger setas en los bosques de Chianti. Algunas veces su propia resistencia la sorprendía.

La villa del siglo xv en la que vivía tenía dos plantas y forma de herradura, cerrada por un muro frontal que creaba un espacioso patio. La vivienda de su familia era la más grande de la villa y ocupaba todo el ala este. Al comienzo de su noviazgo, cuando aún vivía en Estados Unidos, su novio, Maurizio, le había dicho que su vivienda en Italia era parte de la *nueva* sección de la villa restaurada. Fue sólo tras su llegada a Italia, tres años después, cuando comprendió que en un país con historia la palabra «nuevo» es relativa: el «ala nueva» tenía únicamente 270 años de antigüedad.

La vivienda central de la villa era la mitad que la de Eliana y estaba habitada por su cuñada Anna, que vivía allí desde que su marido la abandonara cinco años antes.

El ala oeste se utilizaba como almacén y tenía también un pequeño apartamento en alquiler. Una verja de hierro forjado en forma de arco en el centro de esa ala conducía al jardín de la villa.

Los otros edificios de la finca estaban prácticamente a unos cuatrocientos metros de distancia, rodeados de viñedos: una pequeña casa de estuco en la que vivían Luca, el director de la bodega de vino, y su mujer, junto a la bodega de tres plantas de color ocre donde las uvas se transformaban en vino, que envejecía, se embotellaba y se enviaba.

El estudio de pintura de Eliana era de forma rectangular, con paredes de estuco blancas que se inclinaban ligeramente hacia el centro de la casa. Tenía un alto techo abovedado sostenido por un grueso armazón de madera que había sido labrado con hacha. La habitación estaba en el segundo piso al final del pasillo y era la única de la villa desde la que podía verse tanto el patio interior como el mundo que había fuera de la casa, dependiendo del lado de la habitación en el que uno estuviera. Había más espacio del que Eliana necesitaba y únicamente había ocupado media habitación, amontonando en la otra media lienzos en blanco y cuadros sin enmarcar.

Eliana se había preguntado si la habitación estaba hechizada. Después de haberse instalado, durante las primeras semanas se encontró con que cada mañana al entrar seis de los siete cuadros que había colgado en las paredes estaban torcidos. Cada día revisaba los ganchos y alambres de los cuadros, y luego los enderezaba para volvérselos a encontrar todos ladeados a la mañana siguiente. Todos los cuadros, salvo uno.

«En Italia todas las villas tienen *fantasmi*», le había dicho en la carnicería un anciano que llevaba un delantal manchado de sangre. En realidad, el suceso hizo poco más que despertar la curiosidad de Eliana, y al cabo de dos semanas, cuando dejó de producirse, se sintió decepcionada. Hubiera *fantasmi* o no, le gustaba la idea de no estar sola.

Frente a la pared del fondo del estudio de Eliana había una *stufa* gris de hierro fundido que usaba para calentar la habitación a fines de otoño y en los meses de invierno, cuando los gruesos muros de la villa se enfriaban con el cambio de estación. Sobre la estufa se encontraba el único cuadro de la estancia que ella no había pintado, el que su fantasma había dejado intacto: un retrato de la Bienaventurada Virgen María con las manos alzadas en un gesto de adoración y su corazón a la vista. Estaba colgado encima de un icono en el que Eliana guardaba su rosario y una veintena de gruesas velas en platos de cristal poco hondos. Era una católica devota, aunque hacía bastante tiempo que no iba a misa. No por elección propia. Su hijo de ocho años, Alessio, padecía un asma severa y el cura de la pequeña iglesia que había cerca de la villa utilizaba generosas cantidades de incienso para su culto, lo cual irritaba en exceso los pulmones del niño, provocándole un ataque de asma casi nada más entrar en la capilla. Por mucho que deseara orar en compañía de otras personas, para ella era inconcebible pedirle al cura que desistiera del uso del incienso, ya que se trataba de una iglesia antigua, un cura anciano y una vieja congregación, y no hay un sitio donde la tradición y la religión estén tan inextricablemente unidas como en la campiña italiana. Había probado en otras iglesias de la zona y las había encontrado todas iguales, sus capillas apestabán a siglos de incienso aun cuando no se encendiera ninguno nuevo.

Acudía a la iglesia sólo cuando su marido estaba en la ciudad, lo cual sucedía pocos fines de semana, de modo que Eliana rezaba principalmente en soledad, deteniéndose delante del cuadro de su estudio cada mañana, santiguándose y después encendiendo una vela para dirigir sus peticiones al cielo. Tenía muchas. La Virgen María era la santa patrona de las madres. Ella conocía el corazón de Eliana. Más que ninguna otra persona, la Madre de Cristo la entendería; pues había sufrido lo que Eliana más temía: la pérdida de su hijo.

Alessio había manifestado los primeros síntomas de su asma a los dos años, tan sólo trece semanas después de que vinieran a Italia. Una noche de otoño, mientras ella lo estaba acostando, el niño empezó súbitamente a respirar con dificultad. Para cualquier madre habría sido un momento horroroso, pero Maurizio estaba fuera de la ciudad trabajando cuando ocurrió, por lo que Eliana estaba sola en un país extranjero sin saber a quién llamar o adónde ir en caso de emergencia, aun cuando hablase el idioma. Fue el momento más aterrador de su vida. Sin saber qué más hacer, rezó pidiendo ayuda. Casi al instante llamaron a la puerta. Anna y su marido habían decidido pasar a hacer una visita. Llevaron rápidamente a Alessio y a Eliana al hospital.

Fue el principio de una nueva vida. Desde entonces Alessio había sufrido todos los años ataques de asma lo bastante agudos como para hacerles ir corriendo a la sala de urgencias médicas más cercana.

Al terminar su rito diario, Eliana se iba a la cocina a prepararse una taza de té de jengibre caliente, que se llevaba de nuevo a la mesita redonda que había junto a su caballete. A continuación ponía música. En el mueble que estaba detrás del caballete había un lector de discos compactos y una caja de madera que contenía cedés de artistas principalmente italianos: Pavarotti, Bocelli, Battisti, Zuccherò; colección diversificada con un poco de *country-western*: Garth Brooks, Reba McEntire, Clint Back, un álbum de cantos gregorianos y otro de Barbra Streisand que ahora le parecía que tenía mil años.

Esta mañana había elegido a Pavarotti, había insertado el disco y encendido su equipo. La música empezó demasiado fuerte y bajó rápidamente el volumen. A tan sólo dos puertas de distancia Alessio aún dormía. Con un poco de suerte seguiría haciéndolo.

Estaban los dos solos en la casa. Maurizio estaba de viaje por negocios. *Para variar*. Había telefonado en algún momento de la noche, despertándola, para decirle que se retrasaba. Estaría en casa el sábado o el domingo, Eliana no lo recordaba. Ya no le importaba tanto. Se preguntaba por qué se había molestado en llamar. No se le había ocurrido preguntar qué tal estaba Alessio o por qué ella tenía la voz tan ronca. Maurizio no sabía que se había pasado media noche en vela mientras el hijo de ambos luchaba por respirar.

Cuando respiró con regularidad y se hubo dormido de nuevo, ella se echó en el sofá junto a él escuchando su respiración y llorando en silencio hasta que el sueño la venció. Por mucho que Maurizio y ella se hubieran ido distanciando durante los últimos seis años, a pesar de todas sus mentiras e infidelidades, Eliana lo había seguido necesitando. Quería que él la abrazara. Quería ser débil tan sólo durante diez minutos.

Se puso su blusón para pintar, a continuación se sentó en su taburete forrado de cuero, desenroscó el tapón de un tubo de óleo blanco y lo apretó para poner en la paleta un gran círculo de pintura. «Las chicas italianas sueñan con el matrimonio. Las esposas italianas sueñan con el amor», le había dicho en cierta ocasión una anciana italiana. ¿Con qué sueñan entonces las norteamericanas casadas con hombres italianos? Ella únicamente podía hablar de sí misma. Soñaba con su hogar. Su hogar en una pequeña ciudad de la que en Italia nadie había oído hablar; en Vernal, Utah. Allí donde aún la llamaban Ellen, y donde su madre todavía se ocupaba todo el año de sus matas de frambuesas y luego se pasaba días metiendo la mermelada en tarros de boca ancha de la marca Kerr simplemente para regalárselos a sus vecinos.

Tras seis años en Italia a veces le costaba creer que siguiera existiendo un lugar como Vernal; un puntito en un mapa de otro mundo. En comparación con la campiña de Florencia, Vernal parecía tan monótono como el paisaje lunar. Pero, por humilde que fuera, seguía siendo su hogar. Y era mejor una choza acogedora que un *castello* frío.

En Vernal los amigos de Eliana aún hablaban de su vida de cuento de hadas (la chica lugareña que había prosperado, que había sido

conquistada por un amor italiano y llevada a un precioso país extranjero, donde la lengua se hablaba como si fuera poesía y la comida era un sacramento diario). Una tierra donde inmortales como Miguel Ángel, Brunelleschi y Botticelli habían embellecido un país perfecto que el propio Dios ya había pintado. Ella entendía sus fantasías y lugares comunes, ya que en el pasado también las había tenido.

En Vernal no sabían cómo habían cambiado las cosas: cómo su «amor» normalmente pasaba fuera de casa seis días de siete, y que las pocas veces que ella telefoneaba a su marido cuando estaba de viaje le cogía el teléfono alguna mujer desconocida, y luego el auricular era tapado y se oía una conversación amortiguada. No estaban al tanto de los días y las noches de soledad que pasaba al cuidado de su hijo, Alessio. Ella era la afortunada, decían aún, la que se había marchado.

Redujo una raya de rojo de cadmio del lienzo con una espátula. Esta mañana estaba trabajando en un cuadro a partir de una fotografía que había tomado en los márgenes de la Siena rural, un paisaje con una granja de piedra, las colinas de detrás salpicadas de uva emparada, parecidas a una gigantesca colcha ondulante que se desvanecía en el horizonte como si la tinta ya hubiera sido extendida con un pincel.

Durante sus tres primeros años en Italia, Eliana y Alessio habían vuelto a Utah en avión para pasar la Navidad con su madre. Pero el empeoramiento del estado de su hijo dificultó demasiado las veintiséis horas de viaje en avión de ida y vuelta. La última vez que habían intentado hacer el viaje, saliendo desde el aeropuerto Da Vinci de Roma, el avión tuvo un retraso debido al tráfico aéreo y tuvieron que esperar cuarenta minutos en la pista de despegue. Los gases de los demás aviones alteraron el aire de la cabina y media hora después de haber despegado Alessio sufrió un agudo ataque de asma.

Eliana, con ayuda de los auxiliares de vuelo, le administró sus inhaladores seguidos de oxígeno, pero el niño seguía con dificultades para respirar. Descubrieron que había una doctora a bordo y ésta

rebuscó en el botiquín de primeros auxilios del avión, y dio con un vial de epinefrina que inyectó directamente en el brazo de Alessio. Tan sólo fue ligeramente eficaz, bastó nada más para ganar tiempo y el avión tuvo que soltar fuel y volver a Roma, en cuya pista de aterrizaje fue a su encuentro una ambulancia.

Por muy traumática que hubiera sido la experiencia, más atemorizador fue caer en la cuenta de que si el ataque se hubiera producido una hora después, Alessio muy posiblemente habría muerto antes de poder tomar tierra de nuevo. Desde entonces no había vuelto a volar con él.

Tampoco podía dejarlo solo en casa con su marido. No se atrevería, aun cuando Maurizio estuviese dispuesto a vigilarlo, cosa que no solía ocurrir. Él no tenía ni idea de cómo atender las necesidades básicas de su propio hijo, menos aún las médicas. No era algo que hicieran los hombres en Italia, le dijo a Eliana. «*E' un lavoro da donne.*» Es un trabajo de mujeres.

Maurizio no había sido siempre así. De novios, en Estados Unidos, él ayudaba lavando los platos, pasando la aspiradora e incluso demostró que era el que mejor cocinaba de los dos. Pero durante el primer mes ya en Italia todo eso cambió. Ninguna de las esposas de sus amigos pretendía que su marido colaborase en los asuntos «domésticos», sobre todo con los hijos, y «ella tampoco debería pretenderlo», dijo él. Es más, debería aprender a servirlo como servían a sus maridos las mujeres de sus amigos.

Ella se limitó a culparse a sí misma por no haberlo visto venir. La madre de Maurizio, Antonella, había sido esclava de su hijo durante toda su vida, planchándole hasta los calzoncillos y eligiéndole la ropa todas las mañanas hasta el día de su boda. Era evidente que Antonella creía que Eliana no estaba cumpliendo con su papel de esposa sumisa, y cada vez que estaba en casa de ellos le enseñaba exactamente cómo debería ocuparse de su hijo y su nieto, tomando el mando como un veterano piloto que aparta del timón a un aprendiz.

En cierta ocasión, cuando Eliana no llevaba aún mucho tiempo en Italia y se acababa de enterar de que estaba embarazada de su segundo hijo (sufrió un aborto en el tercer mes de embarazo), Anto-

nella le había enseñado cómo le gustaba a Maurizio que le plancharan los calcetines, haciendo hincapié en la cantidad de rato que la plancha debería presionarse. Eliana había observado con incredulidad. Tuvo ganas de decir: «Tiene que ser una broma», pero Antonella no bromeaba. Las expectativas de Maurizio no eran enteramente culpa de él, decidió Eliana. Lo habían preparado bien para aceptar la servidumbre. ¡Algo pasaba con estas mujeres italianas!

Unos cuantos años antes, por insistencia de Eliana, Maurizio y ella habían ido a ver a un consejero matrimonial. El consejero, un italiano de edad, asintió mientras ella hablaba de su frustración. Sí, comprendía el problema. Era *ella*.

—Ya no está usted en América —le dijo—. Por difícil que le pueda parecer, es necesario que acepte su nueva vida y su nueva cultura. —Incluso sugirió que sólo se hablara italiano en casa. No más inglés.

Eliana se quedó atónita.

—Olvídese de que es inglés, es mi lengua.

—¿A qué se refiere?

Ella dijo:

—Ésta es mi lengua. Es parte de quien soy.

—De quien era —le corrigió él—. Tiene que dejar de aferrarse al pasado para poder avanzar. Tiene que aceptar su nueva vida. Se lo debe a su familia.

Al acabar la sesión Eliana lloró. «¿Acepta una nueva vida?» ¿Para qué? Cuando ella dio el «Sí, quiero», éste no era el pacto que había aceptado. Ni éste el mismo hombre. El hombre con quien se había casado era romántico y cariñoso. Tenía la sensación de que le habían dado gato por liebre.

Maurizio le echaba lo mismo en cara.

—Antes eras mucho más divertida —se quejó en una ocasión—, más *spontanea*. Has cambiado.

Había cambiado. Ahora era madre. La maternidad es decisiva. Requiere sacrificios y responsabilidad. Eliana no actuaba así porque quisiera; es que la cosa era simplemente así. Era un punto crucial en su relación; la pareja podía evolucionar de la mano o distanciarse. En

su caso sucedía esto último. Algunas veces tenía la sensación de que Maurizio la culpaba a ella de los cambios que un hijo había producido en sus vidas; especialmente un hijo con necesidades especiales. Eliana se temía que hasta cierto punto Maurizio le guardaba rencor también a Alessio y que por eso pasaba tan poco tiempo con él. Con ellos.

Ahora que había terminado el colegio y había vacaciones de verano, la vida de Eliana giraba todavía más en torno a Alessio. Aun así, nunca pensaba en él como una carga, únicamente como su niño. Un niño pequeño de gran corazón que percibía la tristeza y soledad de su madre y trataba de ser el hombre de su vida. Si algún día le pasara algo, no sabía qué sería de ella.

Tampoco dejaba que sus pensamientos le dieran muchas vueltas a esa posibilidad. Resultaba demasiado real. En los últimos seis años les había ido demasiadas veces por los pelos. Demasiadas carreras nocturnas con los nervios de punta hasta la sala de urgencias.

Estaba cansada de ser fuerte y estoica, y sobre todo de estar sola. Quería un compañero de viaje. Un hombre con quien compartir una copa de vino y luego una cama. Alguien que le hiciera sentir que de nuevo era digna de ser amada. Pero, como la esperanza puede ser el más cruel de los tormentos, Eliana aprendió a evitar tales pensamientos. Para bien o para mal, estaba casada. Casada, y sola, y enclaustrada en su preciosa villa de la apacible campiña toscana a doce kilómetros de Florencia.